LA RECTA OPINION
Y LAS IMAGENES VERTICALIZANTES

Eduardo E. Saxe Fernández

Para Jorge A. Urbina,
en una discusión sobre Teoría del Poder.
"La Métaphysique comme connaissance des significations verticales".
R. BASTIDE (1)

I

El imperativo moral o ético siempre aparece en nuestra imaginación desde la figura de la Justicia: una mujer ciega, pero "vidente", que porta una balanza y una espada en sus manos. La espada sirve para ejecutar la decisión emanada del juicio, de la medida. Con la balanza, Justicia realiza el juego de posiciones ascendentes y descendentes de los dos platillos que, en su antítesis, dibujan el modelo espacio–gravitacional de las acciones humanas bajo los determinantes de "bueno" y "malo" (2). Imaginariamente, la espada aparece dos veces en la figura de la Justicia, porque su posición vertical está también presente en el eje de la balanza. Sin embargo, la postulación ética judicativa supone una rectitud horizontal que en su dinámica absoluta (va hacia un "más allá" de la horizontalidad y del horizonte humano en el moverse hacia arriba y hacia abajo) permita la interacción excluyente de las posiciones de los platillos. La elaboración mental necesaria para la construcción de este instrumento de medida implica, tanto la utilización de un procedimiento jurídico y conceptual (matemático y geométrico) que analogue las acciones humanas con la ciencia mecánica, como la superación del estado legal natural,

---

1. J–M. G. "Quelques reflexions de Georges Bastide". *Les Etudes philosophiques.* N° 2, Avril–Juin, 1972. P.U.F., Paris, p. 147.

2. Arquímedes llegará posteriormente a sintetizar lógicamente la presuposiciones teóricas implícitas en el instrumento de la balanza: "Dos magnitudes, sean conmensurables o inconmensurables, se equilibran a distancias inversamente proporcionales a esas magnitudes". Cf. Th. HEAT. *Greek Mathematics and Science.* 1921. Vol. II, p–75.

donde la retribución es inmediata, sangrienta y fatal. Este paso histórico tuvo lugar en Egipto (3).

El desprendimiento que necesita la ética para generar sus juicios, relativo a la inmediatez primitiva del instinto (polivalente, repetitivo y "flexivo"), es también una primera negación de la gravedad, en todas aquellas formas técnicas y artificiales (arquitectura, transportación por medios exomotores, etc.) que señalamos ahora en el levantarse del eje horizontal de la balanza respecto del suelo, donde esa constante de atracción de los cuerpos y de valoración de las mentes no permite hacer la distinción entre bien y mal, porque no diferencia entre subir y bajar. La realidad mediata que origina el instrumento, la balanza, utiliza a la gravedad, ciertamente, pero lo hace de tal manera que entonces aparezca una para–gravedad concreta; ritual por la operacionalización que supone, sagrada por la admiración que produce. La balanza y el juicio correcto determinan y son determinados por el eje vertical que deja libre en sus movimientos al travesaño horizontal, a los brazos del hombre.

El asentamiento de las culturas en los grandes valles; la erección de túmulos y monumentos indicadores de lugares santos; la construcción de la casa y la ciudad; la meditación cuasi–reflexiva de las conciencias que, abandonando ya la vida nómada, perciben de aquel vagar y de este rumiar emociones ana y katapáticas, cosechas buenas y malas, alientos de vida o de muerte; todos ellos son fenómenos que analogamos con el levantarse del eje de la balanza. El movimiento oscilatorio circular de la vara horizontal de la balanza correspondería a la rueda, y un poco menos al tornillo y al batán. Mentalmente, se trata de comprobar, por ejemplo, que la verticalidad del fuego produce calor y vida, pero quema. O, también, que en la vida comunitaria y sedentaria ciertas necesidades previamente casi imposibles se llenan y cumplen con facilidad (por ejemplo, que allí es más fácil obtener alimentos porque existe una división del trabajo), pero que, correlativamente, se necesitan comportamientos humanos estratificados y jerarquizados rigurosamente, de manera que esto genera distinciones entre los hombres, insalvables: unos son "sagrados", y otros "profanos"; unos reyes y nobles, otros, simples mortales.

La característica general de todo esto es que el ser humano se determinará posteriormente en un cosmos ontogeográfico, definido por el horizonte, por la horizontalidad del juicio ético "excluyente".

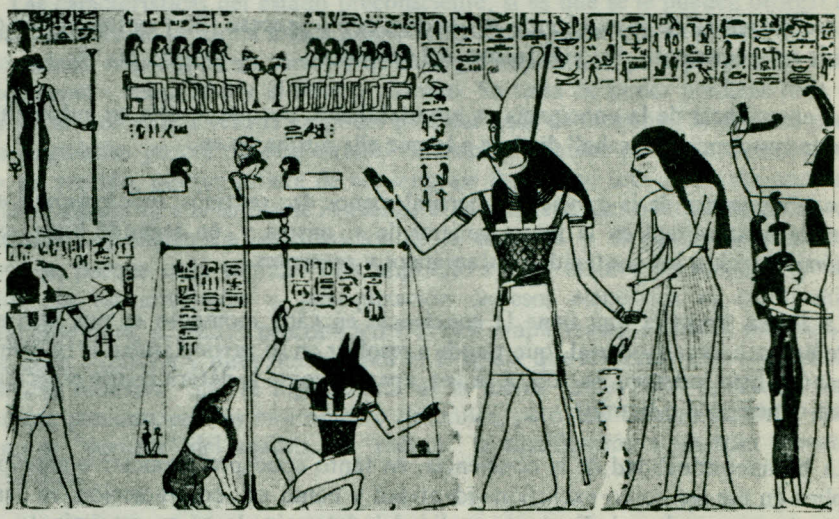
II

En nuestra figura (véase), la Justicia está señalada por Maat (a la izquierda, arriba), diosa de la Verdad que, como se notará, lleva en su mano izquierda la espada, el eje o,

---

3. "Reglas para investigar en la naturaleza y conocer todo lo que existe, (todo) misterio... todo secreto...", pide el matemático egipcio como punto de partida en su investigación. Cf. T.E. PEET, *The Rhind mathematical papyrus*, in folio, Liverpool University Press, 1923, p–33. Autorizadas opiniones de especialistas nos hacen creer que en Egipto se da por primera vez "ciencia": "En verdad, estos dos hombres –el cirujano y el escriba– fueron los primeros científicos naturales conocidos. En el largo proceso del desarrollo humano fueron los primeros hombres a quienes vemos confrontar un gran conjunto de fenómenos observables, reunidos y establecidos por ellos mismos... para llegar a conclusiones inductivas extraídas de los hechos observados". H. BREASTED. *The Edwin Smith surgical papyrus.* University of Chicago Press, 1930, Vol. I, p–12.

simplemente, una larga vara vertical. "Abajo" de ella está Thoth, dios del conocimiento y de la justicia, cabeza de Ibis, guía y juez de las almas (Hermes griego), que anota los resultados de la operación de pesaje (figuras grandes, al centro), portando, en su mano izquierda también, un papiro colocado verticalmente, donde escribe. El eje vertical de la balanza, de la justicia, está compuesto entonces por dos elementos: el "arriba" de la Verdad, y el "abajo" del conocimiento de la corrección. Estas diferentes dimensiones representan, a otro nivel analógico, al Cielo y a la Tierra, que en su separarse generaron al mundo, y que en sus relaciones producen todo lo que existe como vivo (Cf. DIODORO, I, u, I). Son también los principios femenino y masculino interactuando, formando el Uno cósmico y total, y que el egipcio, a diferencia de la mayoría de los otros pueblos, considera inversos, porque para él el cielo es femenino, y la tierra masculina. Pero, en todo caso, la totalidad representada por la verticalidad es una y doble, al menos y a la vez.



Papiro de la joven Anhai. (British Museum, papiro N^{O} 10472). *Libro de los Muertos.* Cap. CXXV. Cf. E.A. WALLIS BUDGE, *The Book of the Dead. Facsimiles of the papyri of Hunefer, Anhai, Kerasher and Netchemet, in folio,* London, 1899, Lám. 4 de Anhai. El grabado representa el pesaje del alma de la joven sacerdotiza Anhai, y se supone que es de la XX o XXI Dinastía (c. 1200-945 a.d.n.e.).

El juicio ético–incluyente (totalizante) implica un juego combinado de factores verticales y horizontales, ambos rectos. Si la horizontalidad de la balanza es el origen, por así decir, de los posteriores valores de "bien" y "mal" y, a otro nivel, de la lógica bi–polar o no–contradictoria, veamos qué podría significar la verticalidad.

Al pie de la balanza aparece un animal que podría ser una hiena o tal vez un cerdo–mandril (Amiat); y en el extremo superior del eje vertical un mono, colocado en medio de dos ángeles o almas, situado en el plano inmediatamente inferior a los dioses, reunidos en banquete y asamblea. En Egipto, como en muchas otras culturas, el simio es el símbolo del alma, de la relación entre tierra y cielo.

La presencia de estos elementos zoomórficos induce a pensar que el eje vertical de la "verdad–conocimiento–justicia" proviene de un estrato histórico intermedio entre la acción compensatorio–violenta de la ley natural, y el juicio propiamente ético–humano. La hiena o cerdo–mandril, asentadas sus extremidades inferiores en la tierra, contempla, tanto a Anubis que realiza la operación de pesar, como al mono, que medita absorto en su elevación arbórea, en su ser aéreo y espiritual. El eje vertical humano (mental) simbolizado por la pareja Maat–Thoth, tiene su equivalente "natural" (físico, instintivo, emotivo) en el mono–hiena–cerdo–mandril. Esta analogía, para el antiguo, relaciona lo

divino con lo profano, lo humano con lo natural, y simboliza el momento donde aparecen ya diferenciadas las tendencias "mentalizantes" en el animal–humano, pero que se mantiene apegado al ámbito natural e instintivo. Los dos animales representan los estratos homínidos inmediatamente anteriores, biológica y psíquicamente, al desarrollo cultural humano, e inmediatamente posteriores al simple "estar" vegetativo. Es un momento que marca precisamente la emergencia de la conciencia y el ponerse de pie: el "levantarse humano". Todo esto nos encamina hacia la consideración imaginaria de la rectitud vertical, que marca y que produce un "juicio estético", previo al desarrollo ético de las culturas.

III

La emergencia de la conciencia es historia, como proceso filo y ontogenético que se determina en crecimiento, bajo las formas del cambio.

La emergencia de la conciencia es inmutabilidad, porque resulta en autoidentidad, en tanto la conciencia "se sabe" distinta a lo que ella misma no es.

La emergencia de la conciencia tiene al menos dos sentidos: *indeterminación*, por solución de continuidad en la figura general de sí misma y, en segundo lugar, *estricta limitación*, referida a los contenidos instantáneos y presentes.

La figura limitada que tiene la conciencia en cada momento es una abstracción presente como concretitud real, que tiende a resolver en su particularidad la indeterminación general. Esta indeterminación, a su vez, aparece como la determinante específica del individuo conciencial u hombre.

La bidimensionalidad de la conciencia, en tanto concepto explicativo antropológico, implica en ese ser como exclusión–identidad y como no–contradicción, en cuanto a permanencia temporal real. En tanto realidad indeterminada en su crecimiento, como pura presencia, la conciencia puede concebirse en sí misma y como tal en la alteridad: es otra.

La forma general englobante de las determinaciones y las indeterminaciones concienciales es la relación de estas mismas determinaciones en la comunicación humana, en la intersubjetividad.

Hay una constante en la emergencia de la conciencia, porque el ser viviente es la limitación óntico–particular de lo histórico que provoca distinción, separación, tanto en duración como en presencia. Esta constante es también compuesta, y está formada por los determinantes biológicos generales de "vida" y "muerte", y los concienciales particulares de "esto" y "aquello".

Por eso es posible concebir a la conciencia en cuanto tal.

Por eso es posible la concepción, en tanto generación real de seres y cosas.

En este sentido, la constante conciencial es precisamente la inconstancia o alteridad como modo de ser.

Pero si la finalidad de la conciencia es, además de refleja, el negarse en esa reflexión sin excluirse a sí misma, para ser entonces plenamente; es necesario que la conciencia se

contradiga concretamente. Este primer momento real de la contradicción genera y es producido por la "preconsciencia".

IV

La preconsciencia es un estrato psíquico que sirve de puente de relación entre las profundidades psíquicas determinadas por los componentes bio–químicos, somáticos y psico–indiferenciados o *inconscientes*, y la conciencia o *yo* (4). Sus elementos constitutivos y, al mismo tiempo, sus productos, son la fantasía, la capacidad de motilidad voluntaria y de invención; la imaginación en general.

Las características del estado preconsciente, si es que se le pueden otorgar algunas, son básicamente de la forma lógica indeterminada del juicio que implica a dos términos, por lo menos, negados en su carácter de analogía implicativa, pero propuestos –separada y unidamente– como uno y el mismo término. Se trata de poder predicar todo de cada uno y de ambos y, a la vez, de no poder predicar nada de ninguno (5). De esta manera, la forma lingüística propia de este estadio conciencial aparece para la conciencia reflexiva como sin sentido, porque infiere de ese lenguaje fantasioso una constante contradicción que no se adapta ni a la forma de la exclusión ni a la de la identidad, aunque las supone y las utiliza. Los elementos constitutivos de la creación y el pensar preconsciente son arbitrarios, porque cada término está implícito en los otros y en ninguno, y viceversa. Además, la estructuración y jerarquización de esos elementos es indeterminada o casualmente libre. El estado preconsciente es casi simple realidad óntica, material, y no se puede decir explícita y directamente por el lenguaje que responde a las necesidades de la conciencia reflexiva, que es lógicamente de la forma excluyente–operativa. La forma lingüística preconsciente es básicamente simbólica, pero indeterminada, en la medida en que no se "percata" del análisis, ni "reduce" la significación a un solo aspecto de lo simbolizado.

Nuestra comprensión de la preconsciencia supone por consiguiente una labor conciencial analítica de los eventuales contenidos de la simbólica, bajo categorías reductivas y, a la vez, la captación totalizante pero determinada de la preconsciencia en cuanto tal, de la forma y la energía imaginaria en su apertura implicativa. Esta labor requiere también que de alguna manera sobrepasemos a la conciencia puramente racional o científico–reductiva, para captar a las imágenes en su vida. Esto último no debe entenderse, por supuesto, como una regresión al ámbito de la preconciencia a–crítica, al menos porque realizamos análisis, y porque somos conscientes, reflexivamente, de esa realidad.

---

4. "Al último de los sistemas situados en el extremo motor –que representa el funcionamiento psíquico– le damos el nombre de *preconsciente* (Pcs), para indicar que sus procesos de excitación pueden pasar directamente a la conciencia, siempre que aparezcan cumplidas determinadas condiciones; por ejemplo, la de cierta intensidad y cierta distribución de aquella función a la que damos el nombre de atención, etc. Este sistema es también el que posee la llave de acceso a la motilidad voluntaria. Al sistema que se encuentra detrás de él le damos el nombre de *inconsciente* (Ucs), porque no tiene acceso a la conciencia *sino a través de la preconsciencia*, sistema que impone al proceso de excitación, a manera de peaje, determinadas transformaciones". S. FREUD, *La interpretación de los sueños*; IX: "La psicología de los procesos oníricos". *Obras Completas.* Tomo I, p–546–547. (Versión de L. López–Ballesteros y de Torres. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1967).

5. PLATON, *Parménides*, 146 a8–147 b9; *Teeteto*, 152 d.

Se trata de percibir y de pensar desde una perspectiva conciencial unificada, totalizante pero compuesta, y no solamente desde la compartimentalización del hombre y de la psicología "clásica" o "científica". La imaginación no elimina las características particulares y determinadas de los distintos componentes psíquicos, como piensan quienes padecen el *horror vacui* de la libertad mental. Intentamos una especie de "sobre–conciencia" como criterio y como situación epistémica que, sin ser excluyente, tampoco sea absorbente o nuevamente reductiva.

La aproximación al preconsciente está, pues, en aquellas formas lingüísticas y culturales que permiten y producen un lenguaje abierto, y que nunca podrá explicitar en un sentido lógico no–contradictorio. La imaginación se mueve y es desde la vida sintética y dia–lógica, donde la distinción opera como representación–actuante, y no como pura acción *o* mera representación.

V

La forma imaginaria más próxima a la figura de la balanza egipcia, su "anterior analógico", es la imagen de una línea recta vertical. Es la imagen de la rectitud humana, que se comprende como significando el ser pleno, en tanto hace participar a lo figurativo y geométrico del símbolo con lo existencial y axiológico. La rectitud vertical indica una postura humana (erecta), un sentido (derecho, sin desvíos, sin error o mentira) y, fundamentalmente, señala el elevamiento, el levantarse y desplegarse primero de la conciencia en el momento histórico (paleolítico) en que se plantea la problemática social y personal de "¿cómo ser? ", "¿cómo actuar? " con su respuesta de "correctamente", "rectamente".

La determinación bio–genética que supone el caminar erecto, bípedo, establece en la constitución de la especie humana la creencia de que ese movimiento y esa posición de elevación vertical son un movimiento, y un ser mejor, tendiente hacia la verdad, el conocimiento y lo divino. El "arriba" se analoga con estos términos axionoéticos, con la nueva forma, la nueva estética que adquieren los hombres al estar de pie (6), y también

---

6. No pretendo, por supuesto, establecer una *relación causal* entre la posición vertical y las variaciones bio–anatómicas que ello implicó; por eso prefiero hablar de una "nueva estética", una nueva forma, propiamente humana. Esto, especialmente por las recientes críticas de Louis Bolk quien, rebelándose contra la interpretación clásica, simplemente invierte un esquema causal de interpretación: "El logro de la posición vertical requirió naturalmente numerosas adaptaciones anatómicas. Todos o casi todos los sistemas orgánicos sufrieron la influencia de esa posición erguida. Sin embargo, estoy convencido de que muchos son los autores que han sobreestimado esta influencia en el desarrollo de la forma humana. El relato de estos fenómenos se interpreta en el sentido de que la formación de casi todas las características específicas del cuerpo humano se basaba en el logro de la posición vertical, que así se convertía en el punto de partida para la comprensión de la estructura humana. No comparto esa opinión. Lejos de mí, la idea de rechazar la teoría de una reacción consecuente a ese logro. Pero desecho el postulado de que la posición erguida sea el agente primario del cuerpo humano y de que sus características específicas deriven de ella. A mi criterio, la posición erguida es una adaptación necesaria a modificacions surgidas de otros caracteres esenciales: es un fenómeno derivado.
"*El origen del hombre no está en el hecho de haber logrado la posición erguida de su cuerpo: por el contrario, al ir tomando el cuerpo un aspecto humano, el hombre se irguió*". *C.f. L.* BOLK. "La génesis del hombre", en R. Alonso, editor, *La nueva imagen del hombre.* R. Alonso Edit. Bs. Aires, 1971, Colección Argumentos, p–11–12.

con lo luminoso, lo numinoso. Al mismo tiempo, la presencia de "extremidades inferiores" dirigidas hacia abajo, rectamente también, implican y traen connotaciones de oscuridad, descenso y maldad, que figuran la imagen del error. Sin embargo, la forma ética operativa–excluyente no se concibe todavía, porque se es integradoramente, "todo–recto", y el "bajar", el "mal", en tanto constitutivo humano, cultural y social (el "pilar", el "basamento"), es válido también. En términos generales, las formas no erectas, descendentes o retorcidas simbolizan una regresión histórica de la especie. Pero, como estas formas y figuras "infernales" (la serpiente) son, biológica y psíquicamente hablando, primeras, primigenias, se conciben entonces como el polo antitético fundamental para la orientación del ser, en lo que puede pensarse como la primera forma de la exclusión lógica y ontológica: andar en dos *o* en cuatro patas.

Por otra parte, la distinción existencial del primitivo, para afirmar su ser, se operacionaliza por medio del tabú, del mito que se fundamenta en esos condicionamientos bio–genéticos ya apuntados, y que inciden culturalmente en la creación de formas y pautas de comportamiento social e individual anti–regresivas, pero reductivas o sublimatorias (básicamente, el tabú del incesto y del parricidio, junto a las determinantes generales impuestas por la Ananke de la subsistencia). Esta situación conduce a la exhaltación de una manera del ser, figurada en la imagen vertical de, por ejemplo, la éjida de los Faraones, de Zeus Cronida, el Emperador de China, etc. Así también, en el neolítico ya, los primeros códigos de comportamiento, elaborados en sociedades altamente desarrolladas, son y se mueven y por y con el "recto obrar" (*Libro de los muertos, Código de Hamurabi, Libro de los Cambios* –I Ching–, etc.). La rectitud se considera como la manera propia del ser humano porque, aunque todavía no se había logrado una ética basada en la exclusión "pura" (cosa que está ya prevista en la justicia egipcia, pero que no se logrará sino hasta el período clásico heleno y el decálogo hebreo y, más diferencialmente aún, en la helenística estoica, epicúrea y cínica, y en el cristianismo), la categorización preconsciente lleva ciertamente una consideración general –pero concreta– sobre el hombre y la existencia. La judicación imaginaria sobrepasa los marcos del "mítico" hombre de las cavernas y, también, en cierto sentido va más allá –y más acá– de la elaboración ética judicativa, al menos porque toda moral estrictamente racional (o volitiva o emocional, pero que opere no contradictoriamente) implica un sin sentido existencial, una esquizofrenia, porque postula imágenes o categorías reificadas como elementos definitorios de la conducta (entre ellas, todas las éticas modernas, tales como las de Calvino, Lutero y Kant). Contrariamente a lo que podríamos pensar, paradójicamente, la preconsciencia no "levanta" ídolos, sino que eleva al hombre a la totalidad que supone saber que mientras más asciende, más abajo cavan los pies. La imaginación, la "eidolación", no reifica porque no distingue entre signo y significado, porque no tiene contenidos fijos sino continuamente mutables, y extrae su judicación de la realidad inmediata, captada por el hombre y para el hombre:

> "¿De dónde provienen las ideas correctas del hombre? ¿Caen del cielo? No. ¿Son innatas en su cerebro? No. Provienen únicamente de la práctica social" (7).

---

7. MAO TSE–TUNG. "¿De dónde provienen las ideas correctas? " Mayo 1963.

Los dioses egipcios de la Verdad y del Conocimiento son figurados humanamente, porque todavía la trascendencia conceptual y abstracta no se ha "erigido", no "domina" (como no es imaginaria la "posesión", la "posesividad") como principio de la ley. Son las imágenes, el río mental dia–lógico, la concretización de las capacidades y de la forma humana misma, las determinantes de todo valor y de todo ser. Su evocación llega cuando soñamos despiertos la persona amada, y su concretitud presente y futurizante deambula por las calles, en el campo y la fábrica.

La rectitud, como imagen ontológica, permanece arraigada e incita a la liberación de los hombres, en tanto en cuanto podemos colocarnos de pie, como manera de ser y de vivir, de caminar, hasta ahora.

VI

Ponerse de pie determina, ante todo, un nuevo modo de ser, porque altera la percepción del mundo y del sí mismo.

El cerebro se modifica en su constitución, y el sistema reticular incide en una presión ascendente sobre las otras capas y estratos frénicos, de manera que se posibilita la diferenciación, la evolución y la expansión de la corteza y los lóbulos cerebrales, de la capacidad craneal misma.

La *liberación* de las manos, innecesarias ahora para movilizarse, las adecua a su actual función práxica (8), para que esta importantísima zona filosófica tenga la capacidad de desarrollar movimientos y actividades meta–naturales, simbólicas y provocadoras de la transformación de la realidad mediante el trabajo, el arte y el lenguaje.

De este mismo modo, la visión y el oído adquirirán por sí mismos mayor importancia en la orientación del ser. El ojo se "abre", al contemplar desde mayor altura, por encima del nivel de los pastos. Esto, de manera permanente, porque pueden los hombres hacer girar a los lados la cabeza y abarcar fácilmente, sin mover el cuerpo, un amplio campo visual. Análogamente, pero a la inversa, el oído reduce, o más bien especializa, su marco de percepción, porque se desliga del tacto. Todavía, cuando un guía en la selva pre–siente un ser en la distancia imposible para el ojo y para el sonido en el aire, apoya su oreja en el suelo, para "tocar" con el oído. Cuando quería yo saber si venía el tren, aunque ni se viera ni se escuchara, con el oído en el riel descubría una vibración ronca y oscura, emanada de los ámbitos subterráneos, y que llamaba el táctil e infernal "oir–bajo". Estando de pie, el continuo trepidar de la tierra, y mucho del batir marino, se pierden.

---

8. Cf. F. ENGELS, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970, especialmente las páginas 211–213. En la página 212 dice: "Antes de que el primer trozo de sílex hubiese sido convertido en cuchillo por la mano del hombre, debió de haber pasado un período de tiempo tan largo que, en comparación con él, el período histórico conocido por nosotros resulta insignificante. Pero se había dado ya el paso decisivo: *la mano era libre* y podía adquirir ahora cada vez más destreza y habilidad.

Con la erección, el ojo amplía su mundo, el hombre se siente viviendo pleno, a plena luz. El oído descubre la vastedad infinita del silencio, del aire que, combinado con la luminosidad y con la posibilidad práxica de la manipulación, genera el sustrato real del lenguaje articulado.

Lo extraño del comportamiento de nuestro guía en la montaña y de yo mismo cuando niño vaticinando sobre el tren, es que no pudiéramos oler ni a la máquina ni al eventual animal. El ojo y el oído amplían –positiva y negativamente, respectivamente– su campo, pero el olfato pierde definitivamente importancia. Al ponernos de pie, la cabeza se des–arraiga, pierde animalidad, instinto. El sexo facial que conquistaba al primigenio Narciso se escinde. La boca se limpia y articula palabras, exigiendo también alimentos más delicados, cocidos. La nariz pierde la capacidad de diferenciar nítidamente los olores, a la vez que se acostumbra a vagar por la sofisticación de las "esencias" aéreas, mucho menos fuertes y más sutiles que los aromas terrestres.

Para el antiguo, la enfermedad y la muerte siempre estaban acompañadas de olores intensos: hedores, miasmas. Con el desprendimiento del suelo, los "vapores" olorosos ascienden a la cabeza provocando pánico, indicando peligro y suciedad: el olfato genera la primera sublimación. El placer infantil de auto–posesión por el manejo y la percepción de los excrementos, se inhibe y reprime por el sentido de la limpieza, y entonces se transforma en el afán de posesión material, de materias fecales complementarias, pero inversas o "proyectadas": los "bienes" y, por excelencia, el oro (9). La sublimación del olfato está relacionada íntimamente con la higiene, y esto incide también en una depreciación de la comunicación mamífera más típica. El olor de la mujer mestruante, las axilas, los genitales y el ano, no es ya más el vehículo intersubjetivo de reconocimiento, como en los perros, por ejemplo, sino la visión y la audición: la "figura" y el "encanto".

---

9. S. FREUD. *El malestar en la cultura*, IV, nota Nº 15 (trad. R. Rey Ardid. Alianza Edit. Madrid, 1970), p-234–235. Dice allí que "Semejante depreciación –del excremento– no sería posible si tales materias sustraídas del cuerpo no estuviesen condenadas por su intenso olor a compartir el destino de todos los estímulos olfatorios, *una vez que el hombre se hubo erguido del suelo* –subrayado mío"– La relación entre los extrementos y el oro es muy clara, como el mismo Freud ya lo había notado en un pequeño ensayo publicado en 1908 ("El carácter y el erotismo anal"). Dice allí, entre otras muchas sugerencias interesantes que "... en todos aquellos casos en los que dominan o perduran las formas arcaicas del pensamiento, en las civilizaciones antigüas, los mitos, las fábulas, la superstición, el pensamiento inconsciente, el sueño y la neurosis, aparece el dinero estrechamente relacionado con la inmundicia. El oro que el diablo regala a sus protegidos se transforma luego en estiércol". Más adelante, Freud establece una relación entre el carácter anal y otras formas orgánicas determinantes de la conducta (v. gr., fálica) y, sin quererlo, o queriendo permanecer poco explícito, relaciona ese carácter con "la "ardiente" ambición de los individuos que en su infancia padecieron de neurosis" ¿Por qué Freud pone de relieve la palabra "ardiente"? Para un estudioso de la imaginación, ello es altamente significativo. El mismo Freud ("Sobre el origen del fuego"), intenta un análisis de la relación excremento–oro–fuego–orina pero, como siempre en él, "esconde" su verdadero pensamiento. En ese estudio sobre el fuego, nuevamente, la hipótesis conduce a mostrar un carácter masculinizante, en la medida en que relaciona el origen del fuego con ciertas tendencias primarias en el hombre, sublimadas en la capacidad de apagar el fuego con la orina, cosa que la mujer no puede hacer. Sin embargo, no extrae todas las implicaciones del asunto. Recordemos simplemente, a manera de guía intuitiva e imaginaria, que el color del fuego es "dorado", y que el metal "ígneo" es el oro. Habría que realizar una investigación sobre las imágenes del fuego a este respecto, pero ello debe quedar aquí como una indicación solamente.

El ojo del culo, al decir de Quevedo, se cierra, se ciega. Con él, se pierde animalidad, y junto con el olfato, "... el erotismo anal comienza a sufrir la "represión orgánica" que allanó el camino a la cultura (10).

Por otra parte, dice Freud que "... adoptando la marcha bípeda, vertical, los órganos genitales quedaron al descubierto y necesitados de protección, con la consecuencia inmediata del pudor" (11). Esto es cierto, pero únicamente para el hombre, que no para la mujer. Los genitales masculinos, cuando se está de pie, son más visibles y necesitan protección, pero los femeninos, al contrario, quedan más escondidos y, además, no necesitan protección porque son internos. Tendemos a creer generalmente que el pudor es algo más bien femenino, pero según lo anterior, o sería básicamente masculino, o debe de tener otro origen. En realidad, y siguiendo a Freud, debieron ser tapadas todas aquellas partes sobresalientes del cuerpo que en la posición cuadrúpeda o semicuadrúpeda estaban escondidas y que, al mismo tiempo, tienen importancia sexual. El hombre cubre sus genitales, y hace que la mujer cubra los suyos; pero la parte verdaderamente sobresaliente de la hembra son los senos, y estos quedan al descubierto en la mayoría de las culturas (recuérdese las isleñas de Gaugin). El origen del pudor es incierto, y la hipótesis de Freud masculinizante.

Antes que vergüenza, pienso que con la elevación a la posición bípeda se da un aprecio por mostrar lo que se tiene, por el pene y el seno en erección. Para los antigüos, el falo era digno de verse y de venerarse, y los senos son lo bello por excelencia, para todas las culturas y permanentemente. La posición de la mujer, sin embargo, es especial, menos estudiada y más oscura. El seno, a la vez que criterio estético y fuente de veneración (seno materno), provoca, junto a otros factores ("la división del trabajo en el acto sexual" –Marx– entre ellos), la sumisión de la mujer al hombre, por su evidente inferioridad en la lucha y la guerra, porque ellas resienten cualquier golpe allí (12). Esta debilidad que tienen las protuberancias femeninas, y que comparten con los genitales masculinos que, sin embargo, son más fáciles de proteger, además de sumisión, está analógicamente relacionado con la exhaltación axiológica y estética del torso masculino, símbolo del poder y de la fortaleza.

Por eso el símbolo de la vida y de la potencia generadora es el falo, representado en un árbol sagrado (Arbo Sefirótico de la Cábala, Arbol del Paraíso), un hito o una piedra (menhires, Hermes heleno, etc.). Existe, como dije antes, no pudor, sino satisfacción y orgullo y placer en mostrar los genitales, especialmente el falo, dirigido hacia "arriba" y no ya hacia "abajo", como en los cuadrúpedos. El dios Hermes (Thoth) es la divinidad vertical por su forma y su definición. Hermes comunica los distintos planos escatológicos (cielo, tierra, infierno). Hermes transporta las almas: semillas divinas que "caen" y se siembran en el mundo, que "ascienden" como frutos purificados, o que se guardan en las entrañas del cosmos para regresar en otras germinaciones. La imagen de Hermes, correlativamente, consiste en una piedra, fuste vertical (el *termini* romano), con cabeza humana, y que en las antigüas representaciones griegas muestra un falo sobresaliente (13).

---

10. S. FREUD. *El malestar en la cultura*, p–235.

11. Idem., p–234.

12. Por ejemplo, C. Mac CULLERS, en *The balad of the sad cafe*, dice que Amalia tenía menos posibilidades de ganarle la pelea a Marvin, por la debilidad de su pecho. En otro contexto, en la Esparta antigüa, las muchachas practicaban la gimnasia y hasta hacían la guerra, pero nunca después de haber tenido hijos, por la incomodidad de unos pechos grandes. Las atletas, en general, conocen la dificultad que suponen los senos para realizar ciertos movimientos.

13. Cf. mi artículo "Hermes", en *Philosophus*, Año I, Nº 2, Segunda Epoca, mayo de 1973, p–7–9.

Cuando se descubre que la verticalidad es la vida y que esa erección fálica comunica los planos antitéticos, los opuestos, una forma más bien femenina, el círculo o la esfera, se convierte en la representación de lo pleno–absoluto, en una figura que integra lo "salido" que es el macho con el recipiente, la tinaja, la olla que es la mujer, para componer el Tao:

> "Mirando hacia arriba, contemplamos... los signos de los cielos;
> mirando hacia abajo, examinamos las líneas de la tierra.
> Entonces llegamos a conocer las circunstancias de lo oscuro y de la luz.
> Yendo hacia atrás hasta los comienzos de las cosas y siguiéndolas hasta el final,
> llegamos a conocer la lección del nacimiento y de la muerte.
> La unión de la semilla con el poder genera todas las cosas..." (14).
> "El cielo y la tierra determinan la escena, y los cambios ocurren allí.
> La perfeccionada naturaleza del hombre, *sosteniéndose a sí misma* y durando,
> es la puerta al Tao y a la *justicia*" –subrayado mío– (15).

Las diosas con serpientes en las manos, de la Creta del II milenio a.d.n.e. llevan desnudos los senos, y sus ropas forman un ángulo que tiene su parte más abierta en los hombros, y que se cierra un poco arriba del ombligo. Esta "V" que muestra la magnificencia femenina, incita, necesariamente, a mirar hacia "abajo", a pensar que, al igual que en el pecho, allí también hay "algo" –¿serpiente? – que se esconde en los amplios ropajes de las faldas. Sabido es que los niños creen que todos los humanos tienen pene (o que ninguno tiene, para una niña), y la dominación y el privilegio cultural del hombre sobre la mujer produjo entonces que ella cubriera sus partes, como medida seductora para quien busca algo análogo a los senos y a su misma constitución masculina, y que lo encuentra como "recepción circular plena", como "nada aparente", como apertura indefinida, placentera y, por eso mismo, absoluta. En las culturas Bruncas del sur de Costa Rica, Hermes, la piedra fundamental de comunicación y Tao, la plenitud ontológica, están representadas por unas bolas de piedra, perfectamente esféricas, como ser–pleno.

Esta circularidad y esfericidad que integra a los opuestos sin eliminarlos es indeterminada, porque todavía la oposición no es ni excluyente ni reductiva; porque macho y hembra, abajo y arriba, ser y no–ser, solamente tienen sentido en su relación, en su unión, en el "sí–mismo" (Jung) que conforman, y nunca separadamente, como pretenderá posteriormente la lógica y la ciencia parmenídea y aristotélica, la ética cristiana y, en general, la cultura "occidental".

---

14. *I Ching* (El libro de los cambios). Libro II, "Ta Chuan" (El Gran Tratado), Cap. IV, Nº 2, p–294. Versión de Whilhelm–Baynes. Bollingen Series XIX. Princenton University Press. N.J., 1969 (Tercera edición).

15. Idem., Cap. VII, Nº 2, p–303.

VII

La rectitud vertical es uno de los maderos de la cruz de Jesús, que se combina, como en Egipto, con otro elemento: el madero horizontal. Pero la cruz implica para el cristiano un juicio puro y trascendente: el desamor y el desprendimiento radical respecto al ser concreto, material y viviente. Además, los pies de Jesús no tocan ya la tierra, porque anhela "elevarse" hasta su padre, y porque es consciente de la renuncia y el sacrificio que ello conlleva. El cristiano busca la plenitud (la combinación horizontalidad–verticalidad), pero para "ascender", para "salvarse". En cuanto ética "transmundista", al decir de Nietzsche, los brazos extendidos del galileo significan, además de plenitud humana abierta y total, la elección, la escogencia excluyente ante el llamado de Dios Padre.

Análogamente, pero a la inversa, la ausencia del madero horizontal en representaciones culturales simboliza la regresión de algunos pueblos a la violencia primitiva, acaso porque el levantarse de la conciencia se lleva a cabo por la represión de ciertos instintos primitivos. Se produce entonces un "retorno de lo reprimido" bajo las formas más violentas imaginables. El cristiano, sin la horziontalidad trascendente de Jesús, es un "reprimido" y que se siente "culpable". Y aun cuando la cruz esté completa, el cristiano y el occidental está "desgarrado". El anhelo de plenitud, presente en la posibilidad de una cruz circular o circulante, moviente y abarcadora, se convierte en una cámara de tortura y en la rueda genocídica de las swásticas y las águilas imperiales. El occidental se piensa *linealmente*, histórica y biográficamente hablando. En el fondo, pues, el cristiano no ha comprendido todavía la armonía de los dos maderos.

Por eso el simple madero vertical incita a la violencia contra el semejante, a quien se castiga por ser "otro", "distinto", matándolo y proyectando en él culpas, para que el destino se coloque "derechamente". Me refiero al famoso empalamiento hitita, y a la presencia necesaria y completamentaria de Ahrimán y Lucifer en la doctrina religiosa persa y cristiana, símbolos de ese orificio humano mal oliente que se elimina en el cruel suplicio.

En otro mundo, sin embargo, la simple rectitud vertical significa el anhelo órfico de la perfección, el "llegar arriba" definitivamente, en una voluntad estética y religiosa que busca detenerse en su divina perfección (Dionisios), y que genera las formas abstractas y sublimales de la conciencia (geometría pitagórica, cantos y poesías órficas, etc.). A la vez, la rectitud vertical y kinésica de la llama estimula a Heráclito hacia y desde el lógos, para subir, pero para bajar también (cf. Frg. 60 DK), en tanto la rectitud es, a la vez, un círculo, y el hombre, caminante del Uno–Múltiple, centrado en el "eje adimantado" que atraviesa axiológicamente a la realidad, como dirá más tarde Platón (16).

VIII

La comprensión de la emergencia de la conciencia por la razón (17) es de una

---

16. PLATON, *República*, X, 616c–d.

17. Distingo "razón" (noús) de "pensamiento" (lógos), en tanto aquella funciona analíticamente, posesivamente respecto al objeto, aplicando la *reducción* y la *exclusión* como método. El segundo término, en cambio, denota toda actividad mental con sentido.

inteligibilidad que impide la captación del "en cuanto tal" de esa conciencia creciente; pero la recurrencia a la síntesis de la preconsciencia en el "análisis" imaginario puede permitir un entendimiento derivativamente racional, una incidencia angular refleja de la línea.

La razón "se sirve" continuamente de imágenes (términos no definidos, axiomas) en su elaboración. El empleo racional de imágenes no aclara, sin embargo, el *interior* de esa forma (idea, imagen), porque la luz y la visión siempre muestran superficies, porque la razón es, fenomenológicamente hablando, una derivación de la vista (18). En este sentido siempre, necesariamente, el volúmen y la interioridad son lo estéril para la razón, para la visión (19): lo que se debe excluir y negar, el no–ser. La derivación racional de la preconsciencia puede hacerse, pero en el entendido de que no permitirá una comprensión total, sino unívoca: visual. La derivada imaginaria (20), operando sobre la visión, permite abrir el reflejo noetizante, elaborar una meta reflejo que elimine, manteniéndola, la distorsión o reducción racional.

Para el análisis imaginario, hacemos que nuestra opinión no se establezca únicamente por las determinaciones de un sentido (ver), sino de todos, como decía Aristóteles, para que opinemos desde la totalidad que somos. Lógicamente, entonces, realizamos síntesis cuando la percepción, unificada y diversa, permite una comprensión estética que incluye a los aspectos antitéticos de la racionalidad y la ética que, por su unilateralidad, presentan a la rectitud vertical como negada en lo curvo, lo oblícuo, malo o, simplemente, no existente. La imagen puede hacer esto porque lo real–concreto es incluyente en su misma contradicción constitutiva, si se percibe y se es desde la simpatía (ser–con todo, sentir–unificante), desde la erección verticalizante de la rectitud liberadora o Todo (21).

---

a18. Si interpretamos y entendemos que Parménides es el fundador de la razón (noús), del pensamiento racional, y constatamos que un análisis fenomenológico del *Poema* ofrece la presencia abrumadora de imágenes visuales y palabras interconectadas entre sí para explicitar visualmente a esa misma razón. Aristóteles, al inicio de la *Metafísica*, dice que todo hombre desea saber, por naturaleza, por amor a los sentidos, especialmente la visión: "En efecto, no sólo para obrar, sino también cuando no pensamos hacer nada, preferimos la vista, por decirlo así, a todos los otros. Y la causa es que, de los sentidos, éste es el que nos hace conocer más, y nos muestra muchas diferencias". ARISTOTELES, *Metafísica*, I. 980a 24/27. (Versión de V. García Yebra. Biblioteca Hispánica de Filosofía. Edit. Gredós, Madrid, 1970). Platón, aunque analoga también a la vista con lo mejor del ser en el mito de la caverna, y con la mejor percepción epistémica ("... a través de la más clara de nuestras percepciones, porque es la vista de ojos la más aguda de las sensaciones que a través del cuerpo nos llegan"), sabe que "... el pensamiento no se deja ver". PLATON, *Fedro*, 250d 3/5. (Versión de J.D. García Bacca. U.N.A.M. Bibliotheca Graecarum el Romanorum Scriptorum Mexicana. México, 1966).

19. Del griego "stereón", de donde deriva "volumen" (estereo–metría) y "estéril". Para el heleno, la interioridad del volumen era estéril porque no se podía ver, porque la visión siempre muestra *superficies.*

20. "Derivada", en sentido matemático (f de x; fx).

21. Del griego "Pán", que significa "todo" y "falo".

La recta opinión necesita una aproximación multívoca al menos, y esto "excluye" la exclusión de la definición conceptual, aunque la lleve en sí y la suponga; y también a la univocidad y equivocidad en el pensar, el hablar y el hacer. El problema de la verdad y del error queda puesto indirectamente (angularmente) (22), para la preconsciencia verticalizante. Intentando saber–por–imágenes si la línea recta vertical es ascendente *o* descendente, si es *o* no es, podemos encontrar la derivada que nos interesa: la esfericidad de la "o" excluyente del juicio que dice que una misma cosa no puede contradecirse bajo las mismas circunstancias y en el mismo tiempo, y la esfericidad inmóvil del pensar idéntico a sí mismo y a lo que piensa y que no se contradice, se entienden imaginariamente como una forma, una figura donde lo recto de la preconsciencia se repliega sobre sí mismo, se circulariza, deviene punto o esfera. Pero, para la imaginación, el punto, la esfera y el círculo son también línea recta, y ésta aquellos. La línea sube y baja a la vez. Para la conciencia racional, o sube, o baja, porque si no, no es, y tiene que ser. La imaginación muestra entonces la paradoja etimológicamente: (lo–que–está–más–allá–de–la–opinión) de ese pensar que, encerrado en sí mismo, se presenta a través de una imagen que supone necesariamente la apertura, "otro". Para decir y pensar que solamente es lo que es, *debo pensar y decir lo que no–es*. Negar este segundo término no es honesto, no es "correcto". Decir que lo vertical no tiene "abajo" sería la proposición equivalente. Esto es un sinsentido, aun para esa lógica de la no contradicción. Lo recto es y no es lo recto y lo curvo. La distinción entre verdad y error, entre ser y no–ser, es ciertamente necesaria, pero la hacemos para aprender y para jugar (23), nunca para negar o para decir que "poseemos" la verdad. Imaginariamente, estamos en una estética que predica la contradicción dialéctica, opuesta a la lógica y a la ética parmenídea de la identidad exclusiva y que, también, ama la ceguera del pretendido sabio de Elea.

La recta opinión parece ser un *subterfugio* (un refugio subterráneo o una manifestación de lo reprimido) del pensar no–contradictorio cuando con Platón se

---

22. Desde este punto de vista, resulta unilateral y viciada la interpretación de Heidegger, respecto a la "pérdida del ser y de la verdad" en la doctrina platónica, a causa de la utilización de elementos y procesos "reificativos" en la determinación del objeto del conocimiento; en la determinación de la verdad como método ("camino" para llegar al Bien–Luz de la *República*), y que conducen a un "recto mirar", a una "recta opinión". Los mismos criterios heideggerianos de análisis ("ser", "ente", "verdad", "pérdida") están reificados en su función ideológica. Además, debemos notar que Platón, *conscientemente*, dice a través de imágenes, metáforas y símiles aquello que no se puede enunciar directamente. Cf. *República*. VI. 508ss; *Fedro*, 246a. Cf. M. HEIDEGGER, *La doctrina de la verdad según Platón.* Trad. L.D. García Bacca y A. Wagner de Reyna. Col. 22; Tradición y Tarea. Universidad de Chile. Santiago (no se consigna fecha de edición). Véase especialmente las páginas 143–151.

23. Heráclito concibe a la oposición como lo propio del aparecer fenomenal, y supone una armonía oculta que, manteniendo y generando la oposición y la lucha, sintetiza a la realidad estéticamente (como la tensión de las cuerdas de una lira), de manera que quien se percate de ella no se perderá en la excluyente oposición tensional de la realidad y del pensamiento. Todo resulta ser, al igual que en Hegel (pero sin tanto romanticismo), el juego del lógos, de la preconsciencia simbolizada (como en Nietzche, también), en el "niño": "El reino es de un niño que juega" (frg. 53 DK). C.f. También, C.G. JUNG, "The psychology of the Child Archetype", en *Psyche and Symbol, a Selection of the writings of C.G. Jung.* Edit. by W.V.S. de Laszlo. Doubleday Anchor Books, N.Y., 1958, p–113–132.

produce el agotamiento de la primera figura conciencial racional (figura del juicio abstracto), en la medida en que Platón parece reificar determinados entes, símbolos particulares que se conciben universales, como criterios de opinión (El Sol–Bien de la alegoría de la caverna). En *la República*, V. 477a–480a, dice el académico que lo que es absolutamente es también absolutamente cognoscible, y que lo que no es absolutamente ni es, ni tampoco es cognoscible. Sin embargo, sigue diciendo, en la realidad las cosas son *y* no–son, y su conocimiento ni es sabiduría ni ignorancia; ni falta totalmente, ni es pleno, sino intermedio; "participante"; comunicante–relacional, utilizando "la recta opinión" (orthés doxés). Este pensar correcto se compone por la opinión (aparecer fenoménico de las cosas y las ideas) y la rectitud, que está determinada por criterios inmanentes de valoración (bien, belleza, justicia, etc.). La reificación de los conceptos determinativos de la "rectitud" hace que los caminos (24) aparezcan como fundantes, más que la verdad o el destino mismo. Sin embargo, el bien, la belleza y la justicia no son conceptos solamente, sino también "ídolos", imágenes en desarrollo a través de una forma concreta. El bien y la belleza son el conocimiento (Thoth), y la belleza y la justicia son la verdad (Maat). La belleza, la sensación estética concreta es su relación, porque es una forma, una estatua, una línea geométrica o musical, ritual y "ontológica", audio–visual, tanto para la escuela platónica como para la antigua fraternidad pitagórica.

La desviación metodológica está ciertamente presente en la doctrina platónica, y su origen puede encontrarse tal vez en los factores generales que llevaron a la cultura greco–romana al caos. En el inicio del "espíritu occidental" aquellos pueblos (básicamente los hebreos, los helenos y romanos) vislumbraron y vivieron como "formas" mentales o espirituales (pero concretizadas) las capacidades que el fin de "ese espíritu" recién empieza a conocer. En otro sentido, sin embargo, la variación del sentido en la axionoética platónica no–es. La doctrina busca liberación, eros y realización también, y allí se recomendaba a las gentes "Subir y bajar tantas veces como sea necesario, hasta que broten de ese movimiento –vertical– las chispas–compañeras" (Cf. *Carta VII*, 340 a ss;) En el final del proceso de desarrollo de la conciencia reflexiva, encontramos la imaginación otra vez, el mismo "mensaje"; pero ahora posible: "... al tratar una cosa debemos examinar su apariencia sólo como guía que nos conduce a la entrada. Y una vez que cruzamos el umbral, debemos captar la esencia de la cosa" (25). Este imperativo de toda "recta opinión" está también presente en el pensamiento de Platón.

La recta opinión es entonces un *artifugio* (una construcción y un ser estético; la casa del arte y la técnica), una intuición preconsciente, la forma y el contenido de la imaginación ideal o clásica y de la material o contemporánea. Es el esfuerzo de los Titanes por divinizarse, de Prometeo por construir un mundo, en tanto Platón percibe ya que se debe situar a lo humano en el hacer que marcha hasta la interioridad de la práctica amorosa e imaginativa.

---

24. Del griego "méthodos": el camino (odós) para aprender–enseñar (meth, math).

25. MAO TSE–TUNG, "Una sola chispa puede incendiar la pradera". *Obras Escogidas* Tomo I.

La recta opinión es la suma, la resta y la multiplicación de la historia estético–material del mundo humano, de la habitación con su fuego y el fuego de la fragua y de la guerra. Es creación, creatividad. Es Prometeo que sabe y que es el futuro. Es aprender a jugar en medio de la lucha que se da entre todo naturalmente. La vida no crece solamente para arriba, como creen quienes piensan que en esta situación debe imperar el poder y la ley del más fuerte. La vida, la verticalidad de la recta opinión es también el prolongarse de las raíces en la profundidad (recuérdese "y las manos del hombre no tienen otro sentido que imitar a las raíces bajo la tierra" de García Lorca). Es un respeto al ámbito y a los "otros", para buscar liberación, y un poder que no quiera poder, sino que quiera, que *desee* la superación y la realización en el amor a los hombres y al mundo.

(Para mí, ahora la recta opinión me transforma. Soy partícipe de la humanidad amiga y amante del saber; filósofa; teórica (26), tanto porque marchamos rectamente, en fila los unos detrás de los otros, como porque llegamos ya a la plaza, al santuario más abierto y más hondo del pueblo, luchando por llegar a jugar y por llegar a no querer poseer, y cuando Athenea Parthenia, la Reina de los Angeles y la Virgen de Guadalupe orientan en los senderos).

---

26. Del griego "Theoría"; "procesión", "teoría". "Desfilar en una procesión las gentes, las estatuas, las imágenes; las pruebas en un juicio, los momentos del drama y las estrofas en la tragedia, los conceptos y las ideas en el pensamiento y el discurso; el dis–currir según el lógos de la realidad".